

Las tierras del deseo[⊗]

Graciela Nieto

Para el psicótico la relación amorosa lo suprime como sujeto, ya que admite una heterogeneidad radical del Otro, ese amor es un amor muerto.
Jacques Lacan¹

Este escrito relaciona una carta, del libro *Cartas a Hélène*,² que escribe Louis Althusser el 30 de julio de 1964, con su posición melancólica.

La carta

El contenido de la carta apunta a un tema crucial: lo que encuentra el niño Louis al nacer. El nudo del deseo de sus padres, el pacto del deseo inconsciente, que genera una ley de intercambios. Es Hélène la que señala este nudo, como “un no encuentro”.

Algo de la historia familiar: se trata de dos hermanos, Charles –el padre de Althusser– y el menor, Louis, ambos destinados a casarse con dos hermanas de una familia amiga. Participan en la Primera Guerra Mundial y solo Charles regresa. La familia le “encarga” casarse con la prometida de su hermano, quien era muy valorado por su destacada capacidad intelectual.

Althusser admite en la carta, haber pasado por “este padre muerto” a quien admiraba y agradece su ayuda en su relación con la escritura. La madre se preparaba para ser institutriz y Louis era su profesor amigo. Dice en la carta: “La muerte de Louis ofrecía a mi padre su suerte, acató su deber por atracción, mi madre era bella, inocente, el lado niño de mi padre, la adoraba, hizo de todo para mantenerla, pues necesitaba una niña por mujer...”³ “Tomar el lugar de Louis debía representar una solución...”⁴ “Ocupar el lugar previsto para Louis, ponerse a su nivel, deshacer las prohibiciones de su madre, cumpliendo su deber frente a Louis, honrando su memoria, etc.”⁵ Sigue: “Mi madre no entendía nada, la familia dijo que sí, ella dijo sí, pero no anduvo bien, vivía en los intercambios sublimados con Louis, como para aceptar a otro hombre. Después se celebró la boda (violación a su mujer en la noche de bodas, robo consumado: el dinero ahorrado, centavo tras centavo, desde la niñez es gastado en ocho días, en una noche de juergas, ya que debía regresar al frente), luego: el rechazo de la comunicación por parte de mi padre, su decisión de retirar a mi madre de su oficio de institutriz, de cortar las relaciones con los amigos y dejándole a cambio, solamente, el cuidado de la casa y de los niños”.⁶

Y agrega: “...es muy duro escribir todo esto [...] creo que no puedo ir más lejos por hoy [...] abordar las tierras del deseo del niño Louis es en verdad candente”.⁷ “¿Cómo

[⊗] En la edición impresa de *Enlaces* N° 26, continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “Condiciones del encuentro amoroso” por María Leonor Solimano, “Una habitación propia femenina” por Dominique Laurent y “Hombres y mujeres en Lacan: del siglo XX al siglo XXI” por Mónica Torres.

pude ‘vivir por vivir’ en ese pacto sellado, por encima de su cabeza entre dos vivientes y un muerto?”⁸ “...hasta aquí, he considerado el deseo de mi madre por Louis y el de mi padre, independientemente de su pacto, considerando que estos deseos, iban bien ‘evitando encontrarse’ y dibujando en el vacío de su no encuentro, una especie de lugar donde yo tenía mi lugar. La dificultad para mí, es captar, y vivir, mi propio deseo como imposible-posible, en función, no de dos deseos sin encuentro, sino de acuerdo con su encuentro (puesto que hubo encuentro, falso, pero terriblemente real). Creo que no puedo ir más lejos por hoy. Te beso con toda mi alma Chourin”.⁹

La melancolía

Freud dice que la melancolía es una patología del narcisismo. ¿De qué narcisismo se trata?

Se trata de que en la imagen del espejo prevalece la faz real, prevalece el odio que deja al sujeto fijado a esa imagen, donde no puede mirarse en el lazo amoroso con el otro, falta el velo del brillo que otorga el falo simbólico. Cuando no se encuentra la función simbólica de la castración, se produce una polarización: de un extremo la manía y del otro la melancolía.

Para la melancolía el problema es la pérdida.

Nieves Soria, en su libro *Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica*,¹⁰ comenta un señalamiento de Karl Abraham. Él distingue la melancolía de la neurosis maníaco depresiva, a partir de cómo se desestabiliza frente a una pérdida. La autora remarca la luz que esto aporta ya que, para que opere el Nombre del Padre, es necesario que actúen los significantes del Deseo de la Madre y el Nombre del Padre.

Se trata de la relación con el rasgo unario en la identificación primaria. Hay algo que no se enlazó, por eso en el desencadenamiento, el melancólico se encuentra en el sinsentido radical, en la pérdida del significante que lo estructura. El sujeto que no ha sido deseado, la carencia de unos ojos en los que mirarse amablemente, es clave de la clínica de la melancolía. Es un sujeto que no tiene espejo en el deseo materno. Lacan señala que no es lo mismo la clínica de la forclusión de un significante que existe, como sería la clínica del Nombre del Padre, que la clínica del significante que no existe. En la melancolía se pone en juego otra lógica, el funcionamiento es diferente, el duelo es en lo real, no en lo simbólico. En la melancolía, hay un goce en el tiempo de comprender, el sujeto queda detenido, de allí la cobardía moral del melancólico que no da el paso que implica el atravesamiento de la angustia, de la incertidumbre de lo imposible. En la manía, hay una denegación como si eso no hubiera pasado.

Freud caracteriza el triunfo melancólico por una identificación del sujeto con el ideal del yo; esto resume el drama de Althusser. Hay una división en el yo entre dos instancias; por un lado, la moral lo empuja al suicidio y, por otro lado, el yo se identifica al objeto perdido en vez de hacer el duelo por él.

Una amiga le dice: “‘Lo que no me gusta de ti es tu voluntad por destruirte’, esas palabras me abrieron los ojos”.¹¹ “Quería destruirlo todo, mis libros; a Hélène, a quien había matado; a mi analista [...] quería destruirme a cualquier precio, porque desde siempre yo no existía”.¹² Esta idea es su padecimiento por la identificación ausente con

el falo materno. Entre la inexistencia fálica y el deseo de matarse hay un nexo que concierne al asesinato del padre, pues ama a este padre que no puede simbolizar. El yo se divide entre el yo ideal y el ideal del yo. Ese yo ideal es lo que habría de ser para satisfacer el deseo de la madre, es decir, ese falo que condena a la muerte.

“La muerte estaba inscrita en mí desde el principio, la muerte de aquel Louis, muerto detrás de mí, que la mirada de madre veía, a través de mí, condenándome a aquella muerte, que había conocido en el alto cielo de Verdün y que no cesaba de repetir compulsivamente en su alma y en la repulsión de sus deseos, que yo había dejado sin realizar”.¹³

“... ¿cómo pude ‘vivir por vivir’ entre estos dos padres y un muerto? En ese lugar de no encuentro de deseos”.¹⁴

Las tierras del deseo estaban secas y desiertas. Hay una condena a muerte detrás de esa mirada que él mira, la de su madre. ¿Acaso no es lo que acaba siendo, cuando mata a su mujer, un muerto en vida? Busca ser culpable allí donde los jueces no lo sancionan como sujeto responsable.

Fallece en octubre de 1990, de un infarto, olvidado hasta de él mismo, pero antes, dejándose caer de su nombre y de sus actos de vida.

Inexistiendo.

Bibliografía

- Lacan, J., *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, Paidós, Bs. As., 2011.
Lacan, J., *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Paidós, Bs. As., 2006.
Lacan, J., *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Paidós, Bs. As., 2005.
Althusser, L., *Letters à Hélène*, Grasset/Imec, Edición francesa, 2011.
Soria, N., *Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica*, Del Bucle, Bs. As., 2017.
Tendlarz, S.; García, C. D., *¿A quién mata el asesino?*, Paidós, Bs. As., 2014.

Notas

¹ Lacan, J., cap. XX, “El llamado, la alusión”, *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, Paidós, Bs. As., 2011, p. 363.

² Althusser, L., Carta del 30 de julio de 1964, *Letters à Hélène*, Grasset/Imec, Edición francesa, 2011.

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Ibíd.*

⁶ *Ibíd.*

⁷ *Ibíd.*

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ Soria, N., *Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica*, Del Bucle, Bs. As., 2017.

¹¹ Althusser, L., *El porvenir es largo*, Espasa Calpe, Ediciones Destino, Bs. As., 1993, pp. 333-4.

¹² *Ibíd.*, p. 334.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ *Ibíd.*